

REVISTA MODERNA

DIRECTORES:

Emilio Cuervo Márquez - Alfredo Ramos Urdaneta.

TOMO III = BOGOTÁ, MARZO 18 DE 1916 = N.º 18

Emazos

EL VEREDICTO JUSTICIERO

DURANTE varios años, después de la muerte del señor don Rafael Núñez, un largo silencio se formó al redor de su nombre; pasadas las primeras manifestaciones de simpatía y admiración que le rindieron sus amigos, fue rara la ocasión en que, aun por esos mismos amigos, se hiciera alusión pública al gran estadista; la ley de 1894, que ordenó erigir a su memoria una estatua en Bogotá, quedó sin cumplimiento, y por disposición expresa gubernativa, se determinó suspender la obra comenzada ya en Italia. Esa indiferencia o desvío fue resultado, sin embargo, de circunstancias transitorias; y empieza ya a formarse para Núñez el verdadero juicio de la posteridad, aquel «veredicto justiciero de los tiempos» a que él mismo apeló en ocasión solemne.

En 1911, al ocupar el señor don Carlos Calderón el puesto vacante, por muerte de Núñez, en la Academia Colombiana, cruzáronse entre él y el señor don Marco Fidel Suárez dos importantes discursos sobre el fundador de la Regeneración (1); y posteriormente, el mismo señor Suárez, aprovechando una ocasión propicia, inició la erección de la estatua por medio de suscripción popular. Esta idea ha servido, desde luego, para que aparezcan nuevos juicios y opiniones sobre aquel egregio ciudadano, poeta y filósofo, político y magistrado; y

(1) Los mismos señores Suárez y Calderón habían consagrado al doctor Núñez, en 1894, a raíz de su muerte, dos hermosos estudios. El del señor Suárez ha sido reproducido recientemente en el primer volumen de la colección de sus *Escritos*, y representa, a nuestro juicio, una de las páginas de pensamiento más profundo y de forma más bella del insigne escritor.

Las lluvias en Colombia, como regla muy general, se anuncian con los vientos que soplan de los valles hacia las cordilleras, o sea los vientos impulsados en sentido contrario a la corriente de los cursos de agua.

El volcanismo influye sobre el clima por la perturbación del estado eléctrico de la atmósfera, siendo en este sentido, factor que afecta las lluvias.

Los vientos sólo son constantes en dirección, en las grandes llanuras; en las regiones montañosas son variables a consecuencia del choque sobre los accidentes del terreno. En cambio, las corrientes de aire elevadas son muy constantes en dirección.

Las nieblas, sobre todo las húmedas, dependen principalmente de la proximidad de los bosques o extensas masas de agua, y no deben confundirse con las matinales producidas por la evaporación terrestre.

Los fenómenos que dependen de emanaciones radioactivas, que apenas se principian a estudiar, van ligados a la presencia de rocas ígneas, llamadas *vivas*.

Es muy probable que en la atmósfera de la zona ecuatorial existan (aun cuando sea en cantidades mínimas) gases y partículas sólidas centrifugadas por la acción del movimiento rotatorio de la tierra. Aparte de esto, en muchas localidades colombianas existen en la atmósfera gases y vapores extraños.

*
* *

Entre las características climatéricas de la zona ecuatorial, unas, como la temperatura, son extremadamente sensibles al organismo; otras, como la uniformidad rítmica de la presión atmosférica, si bien no son perceptibles por los sentidos, no por ello dejan de tener inmensa influencia sobre el funcionamiento de la máquina animal. Es de creerse que las agencias más veladas son las que tienen

mayor influencia sobre el organismo animal, sobre todo el del hombre; entre ellas debe citarse el estado eléctrico de la atmósfera como causal de grandes perturbaciones en la máquina humana, como que ésta es un sistema mixto (¿telegráfico podríamos decir?), alámbrico en el interior del organismo, inalámbrico fuera de él.

Las condiciones de constancia relativa, o mejor dicho, de permanencia y uniformidad de los factores que determinan un clima en Colombia, permiten describir a priori el de determinada localidad cuando se poseen ciertos datos locales: altitud, topografía, proximidad o lejanía de los bosques o masas de agua, existencia o no de volcanes.

Nuestro Gobierno podría derivar provecho del principio anterior para iniciar propaganda en favor de la colonización de territorio, haciendo imprimir cartas climatéricas de Colombia—que en realidad vienen a ser cartas agrícolas—señalando, en un mapa acotado y con tintas convencionales, las zonas prácticamente isotermas, que son las de igual altitud. El trabajo se facilita extraordinariamente, pues hay datos numerosísimos de altimetría colombiana que bastaría reunir y hacer figurar sobre una carta.

La circulación en el Exterior de mapas climatéricos, en pequeño formato y con algunas explicaciones oportunas, aparte de ser una novedad, haría más por la colonización que todo cuanto se escriba en un libro.

La observación de la uniformidad rítmica de los climas tropicales fue lo primero que impresionó a Humboldt; y lo segundo, lo que fijó más vivamente su espíritu, fue la maravillosa manera como se extiende la vegetación en las faldas de los Andes, desde los líquenes polares en las cimas nevadas hasta las palmeras en las costas. El distintivo de esta vegetación variada, correlativa solamente de la altitud, es la permanencia. En la región intertropical no hay cambios que dependan de las estaciones como en las comarcas más lejanas del ecuador.

El mapa de Humboldt y Bonpland, en su trabajo sobre la geografía de las plantas, es también el primer mapa climatérico de estos países.

En la necesidad en que estamos de colonizar los vastos territorios desiertos que constituyen la mayor extensión del suelo patrio, es indispensable llevar a cabo propaganda activa; y todo hace creer que el momento presente es de singular oportunidad.

Mas no es éste el objetivo del presente estudio; lo dicho anteriormente es tan sólo digresión que no debe distraernos del asunto.

¿Cómo obran los agentes climatéricos sobre la máquina humana? Pregunta es esta del mayor interés práctico al tratarse de los climas de Colombia en referencia con su acción sobre la máquina humana.

Resultado del medio en que vive, la raza indígena en Colombia da la medida de lo que el clima es capaz de influir en los seres humanos; y si estos autóctonos fuesen descendientes de blancos deberíamos creer que el clima en nuestra patria es mortal para la iniciativa, para la progresividad y demás facultades interiores que capacitan al hombre para la marcha hacia la civilización. Afortunadamente, es principio de certidumbre étnica que el indio colombiano no se originó en un ancestre aria, y todo hace colegir que su ascendiente amarillo iba ya en el rápido descenso de la degeneración.

No media espacio de tiempo suficiente para poder estudiar en la descendencia blanca de los conquistadores cuál es la suerte que los climas colombianos reservan a nuestra raza, complicándose el problema a causa de la cruce con el indio y, peor aún, con la raza negra. Aparte de esto y como nueva complicación, en el problema de la influencia del clima, interviene la circunstancia de que el factor alimentación es de cardinal importancia.

A título de observación personal, que en algo contribuye a esclarecer la cuestión, puede establecerse que en Colombia todos aquellos que manifiestan determinado espíritu de progreso, o aquellas familias que en varias generaciones dan muestra de tal espíritu, son individuos y familias de raza blanca; y lo mismo se observa en el pueblo antioqueño, que da ejemplo señaladísimo de empuje cierto hacia ideales prácticos.

Tal observación induce a creer que el clima en estos países no es absoluta y decisivamente deletéreo para ciertas funciones mentales de la raza blanca.

Para el estudio de esta materia, de orden netamente experimental, no poseemos, por desgracia, datos de observación; a falta de ellos precisa buscar en el análisis un derrotero que sirva para ir al objeto, de inducción en inducción.

Además de las condiciones intrínsecas de un clima, entra como elemento decisivo la característica, que puede ser accidental o esencial en ciertos casos, y que consiste en la salubridad o insalubridad. Decimos que la salubridad o insalubridad puede ser condición esencial o accidental cuando se determina por causas que están en la naturaleza misma de las cosas, o cuando son accidente observable. Hay climas insalubres por causa de pantanos, que se tornan salubres por medio del drenaje y desecación; pero los hay también insalubres en sí, por influencias radioactivas, estado eléctrico de la atmósfera, emanaciones gaseosas, etc., que no son saneables por procedimientos artificiales.

Razas que se desarrollan en medio insalubre necesariamente degeneran. Desde ahora advertiré que deo lado lo tocante a salubridad o insalubridad, descartando esta complicación del problema, a fin de colocarlo en el terreno del análisis puro.

La observación que todos los ingenieros anotan del

exiguo rendimiento de trabajo de los tropicales, ha hecho pensar que tales climas ejercen influencia deletérea sobre la actividad humana; que el hombre capaz de cierto y determinado esfuerzo, rendimiento o coeficiente de trabajo en la zona templada, degenera en nuestras latitudes, perdiendo sus cualidades de actividad al cabo de pocas generaciones.

Es indudable que el trabajo disponible de los tropicales es reconocidamente inferior al del blanco en la zona templada. Cuantos han tenido que manejar trabajadores en obras de ingeniería en Colombia, han observado la desproporción que existe entre su coeficiente de trabajo disponible y el que marcan las carteras de ingeniero para el trabajador blanco en la zona templada; nuestra inferioridad en cuanto a progreso material, si nos comparamos con otros países, se halla explicada por la desproporción mencionada.

Pero ¿es el clima el único agente que influye en la producción de tal fenómeno? Es evidente que no. El clima ejerce indiscutible influencia, mas a su lado existen otras de mayor importancia.

Para comprender lo anterior, veamos cómo se halla distribuida la población en Colombia: la minoría de la masa es blanca, la mayoría es india y una parte no despreciable es negra. Hecho perfectamente demostrado es que tanto la raza india como la negra son refractarias al progreso material, o sea a la civilización, según el concepto moderno.

Puede decirse que la civilización es el paso de lo natural a lo artificial; el hombre civilizado deja de ser ente natural para convertirse en sér artificial. A fin de vencerse de tal verdad, basta imaginar, colocados al lado uno del otro, a un caballero bogotano y a un indio del Putumayo; el primero representa la civilización, el segundo la naturaleza.

Ni el indio ni el negro progresan o se civilizan, porque son razas, no inferiores en el sentido que se da a esta palabra por muchos escritores, sino a causa de que llevan en sí el más grande instinto de conservación. En la inconsciencia del instinto racial, indio y negro presienten que al artificializarse desaparecerán; y el instinto de raza es el que, en guarda de su propia persistencia, los hace refractarios y adversos al progreso.

En Colombia la raza blanca lucha en condiciones desfavorables, porque sufre la influencia de la gran masa india y negra, incapaz de progreso; tal influencia obedece rigurosamente a la ley de Newton, o sea que ella es proporcional a la masa de manera directa, e inversa con el cuadrado de las distancias. Designemos tal factor con el nombre de influencia masial de las razas.

Descartemos los elementos apáticos que forman parte de la población colombiana y concretémonos al blanco importado de otras latitudes. El trasplante de la raza blanca de la zona templada a la ecuatorial, es fenómeno de aclimatación. El trasplante de seres organizados de un lugar a otro se practica por dos procedimientos: la *naturalización* de especies, que consiste en llevar al lugar a donde hacen falta especies de otros lugares, de clima y condiciones semejantes al primero; y la *aclimatación*, que consiste en el trasplante de especies de un lugar a otro, de clima y condiciones diferentes. En la naturalización de especies no se obliga a los organismos trasplantados a grave esfuerzo de adaptación; no así en el segundo procedimiento, en que tal esfuerzo es a veces superior a la naturaleza de la especie trasplantada, llegándose a la imposibilidad de aclimatarla.

Desde que se dice que en el trasplante de la raza blanca de la zona templada a la ecuatorial media una aclimatación, se sobrentiende que hay un trabajo de adaptación que va en contra del trabajo disponible, ya se trate de

trabajo material, intelectual, tendencia al progreso, eficacia, etc.

El punto de vista del médico y del ingeniero difiere en este caso en algo cardinal: el primero desdeña el trabajo disponible, para el segundo el trabajo disponible es lo principal. Bástale al médico la buena salud del individuo; el ingeniero antepone el trabajo disponible; así, un dispéptico neoyorkino, prodigio de eficacia en el trabajo, mal ejemplar desde el punto de vista médico, es para el ingeniero espécimen de primer orden.

La noción mecánica de rendimiento (eficacia) es una misma, sea que se refiera a una máquina, sea que se refiera a un animal; éste, en definitiva, es una máquina como otra cualquiera.

*
* *

Para el estudio de la influencia de los climas tropicales sobre la raza blanca trasplantada por aclimatación de la zona templada a la ecuatorial, deben tenerse muy en cuenta las anteriores consideraciones.

A modo de ilustración, tomemos el caso de un europeo trasladado de la zona de origen a la altiplanicie de Bogotá. Apartando aquellas acciones demasiado oscuras que no podemos estudiar, restan dos de carácter aparente:

- a) La uniformidad del ritmo climatérico;
- b) La diferencia de la presión atmosférica y su acción constante y rítmica.

La acción monótona del clima obra desfavorablemente sobre el organismo del europeo. La variación climatérica de la zona templada produce el intermitente descanso de algunas vísceras; la monotonía tropical obliga a otras a un trabajo permanente. De una vez podemos decir que en la zona ecuatorial se produce el fenómeno de la *fatiga visceral*.

En la altiplanicie de Bogotá encuentra el europeo que en la atmósfera falta un tercio del oxígeno a que estaba acostumbrada su respiración, y la máquina debe proveerse de él por un trabajo extra que consume parte de la energía total del sistema. Para hacer mínimo el trabajo visceral, la naturaleza divide el trabajo entre los elementos que concurren a la producción de los fenómenos respiratorios; y de esta suerte ningún órgano se sobrecarga, pero la energía consumida va en contra del trabajo disponible.

Análogamente, en las regiones tórridas de la costa, si bien no se lucha con el enrarecimiento atmosférico, se sobrecargan todos los órganos que concurren al fenómeno de la traspiración, y por ende hay consumo de energía, conservándose en este caso también la monorritmia climatérica, fenómeno el más esencial, quizás, en la producción del enervamiento tropical, causa eficaz de la característica abulia del habitante de la zona ecuatorial. En las tierras bajas se complica la cuestión con la insalubridad originada por la picadura de los insectos, conductores de múltiples enfermedades. En tesis general, la aclimatación del europeo se hace en condiciones orgánicas, más favorables en las tierras bajas cuando son del todo salubres, esto es, que en ellas la máquina está sometida a menores esfuerzos desfavorables.

Los elementales ejemplos anteriores hacen ver de manera clara que, necesitando el organismo humano gastar cierta energía para vencer un recargo de funciones, este gasto va en contra del trabajo disponible en la zona ecuatorial. En el ejemplo citado he tomado para el caso lo que está al alcance de la observación. ¿Qué podemos decir si tratamos de causas hoy por hoy inciertas y oscuras, pero que sin duda son de la mayor influencia en el funcionamiento del sistema nervioso? Nos referimos al estado eléctrico de la atmósfera, característica climatérica

la más importante en relación con el trabajo mínimo. Siendo como es el hombre un sistema eléctrico de funcionamiento interior y exterior muy complejo, todos hemos observado la influencia del aspecto del día en nuestros ánimos, en nuestra actividad, en nuestro trabajo, y tal influencia sólo es la del estado eléctrico de la atmósfera sobre nuestro sistema.

Sentado lo que antecede, podemos llegar a esta conclusión: el organismo humano trasplantado de la zona templada a la ecuatorial, tiene que vencer las resistencias del medio, en cuyo esfuerzo consume energía. Ahora bien: en virtud del principio del trabajo mínimo, esta energía se sustrae de la que se emplea en las funciones menos necesarias para la conservación de la existencia del individuo y de la especie.

La naturaleza es el más inexorable de los usureros; con ella no hay rebaja de intereses y en su contabilidad no se desperdicia un átomo; todo pesa allí, todo se cuenta.

Veamos ahora, aun cuando sumariamente, cuál es la influencia de la uniformidad climatérica sobre el individuo. Aparte de una posible fatiga visceral, la uniformidad, tanto de la presión atmosférica como de su ligerísima variación rítmica en consonancia con la periodicidad térmica del aire ambiente, produce en la circulación un ritmo, si pudiéramos decirlo así, monofaz, favorable para el depósito de sedimentos y la formación de coloides específicos en el fluido sanguíneo; lo primero origina ciertas diátesis; lo segundo, la formación de venenos orgánicos desfavorable al ejercicio de las facultades superiores, y quizá de marcada acción sobre el ejercicio de las facultades volitivas, que es lo que parece más probable.

La común observación establece, como hecho indudable que los europeos pierden gradualmente su actividad

con la permanencia en los climas de la zona ecuatorial, y que para conservarla necesitan efectuar frecuentes viajes a la zona templada; que los naturales de la zona ecuatorial adquieren en la templada extraordinaria actividad, la que pierden al regresar a su país de origen. Tal observación conduce necesariamente a la certidumbre de que en nuestros climas median causas, probablemente las apuntadas, que actúan en contra de la actividad, o sea en contra del trabajo disponible del blanco. Como la naturaleza no procede por saltos, la acción sobre la raza blanca es lenta y progresiva, y sólo al cabo de algunas generaciones o por la cruce con las razas apáticas, tal acción viene a manifestarse en todo su alcance. De ahí que se pueda deducir fácilmente la conveniencia de la introducción de un elemento blanco nuevo, nueva sangre, en la nuestra: la cruce, para expresarse en zootecnia pura.

Con la introducción de nuevos elementos a la raza, se llegaría sin duda a la perfecta aclimatación del modelo psicológico, capaz para el trabajo voluntario, eficaz para el progreso. Cuando este modelo se haya connaturalizado en el país, aparecerá la *acción perseverante (esprit de suite)* que es en realidad lo que diferencia las razas en que predomina la voluntad, de las apáticas. Entonces la higiene sistemática suplirá en favor de la raza lo que el clima le niega. La higiene puede vencer en esta lucha contra la naturaleza, pero sólo merced a un esfuerzo sostenido, *un mismo esfuerzo todos los días*.

El trabajo de artificializarse el hombre es trabajo ímprobo y requiere el más reiterado esfuerzo. Tal trabajo no lo puede llevar a cabo sino el blanco apto y capaz, único representante de la eficacia en tal sentido.

En resumen: los climas colombianos obran sobre el organismo en sentido desfavorable a la producción del trabajo disponible:

a) Por la uniformidad, la cual ocasiona, por una parte, la fatiga visceral, y por otra, la monorritmia de la circulación, favorable al depósito de sedimentos y a la formación de coloides específicos. Además, la uniformidad climatérica obra de modo reflejo sobre el espíritu, produciendo falta de alegría natural y monotonía interior.

b) Gasto de energía para compensar, sea la falta de oxígeno en las altiplanicies, sea el calor tórrido en las tierras bajas.

c) Estado eléctrico de la atmósfera, que obra desfavorablemente sobre la excitación interior del sistema nervioso.

d) Pérdidas de energía del sistema, a causa de la insalubridad de la mayoría de los climas colombianos.

e) Debe, finalmente, considerarse la acción masial de los apáticos y degenerados sobre el elemento eficaz, acción que inhibe la excitación interior.

DOCTOR F. PEREIRA GAMBA.

1916.

Emayo

DON QUIJOTE ⁽¹⁾

LOS libros, como los hombres, cambian en ocasiones, con el tiempo, de carácter y de fisonomía. Admirado por largo espacio como una obra maestra de bufonería, el libro de Cervantes nos impresiona hoy a la manera de un drama heroico-trágico.

Cuanto más se aleja Don Quijote en el pasado, se hace tanto más simpático y serio. En su grande y triste figura saludamos hoy a la última aparición de la caballería andante.

(1) El 23 de abril se cumple el tercer centenario de la muerte del autor del Quijote (1547-1616).

REVISTA MODERNA engalana sus páginas con el brillante estudio que Paul de St. Victor dedicó a uno de los más grandes y más infortunados genios que hayan honrado a la humanidad. (N. de la D.)

¿Será, acaso, esta metamorfosis una ilusión de óptica y de tiempo? Es difícil creerlo. Si Don Quijote fuera tan sólo una caricatura, no habría penetrado tan hondamente en el corazón de la humanidad. La imaginación humana es en el fondo triste y seria. Ella no admite en su intimidad sino a aquellos tipos que la ennoblezcan o que lleguen a conmoverla. Los bufones, si acaso llegan a tener talento, suelen alcanzar su favor: como los reyes de la Edad Media, ella les perdona todas sus libertades y se complace en su compañía; mas si es verdad que pueden ser sus favoritos, jamás llegan a ser sus amigos; a la alegría que inspiran se mezcla siempre cierto desprecio; regocijan el espíritu, distienden los músculos a la risa, pero el corazón les queda cerrado. La súbita desgracia que hiere al viejo Falstaff no enternece a nadie; Panurgo se ahogaría con sus corderos, sin conmovernos; y la agonía de Scapin en la comedia de Molière podría ser real y no fingida, que no entristecería un instante la alegría de sus *Fourberies*. Don Quijote, al contrario, nos conmueve divirtiéndonos; haciéndonos reír, nos inspira respeto; los más encarnizados burlones comparten secretamente con él los infortunios que lo afligen.

La razón es que el valiente caballero de la Mancha oculta el alma de un héroe bajo las apariencias de un loco, y que sus más absurdas acciones son siempre el desvío de alguna idea sublime.

Proteger a los débiles, castigar a los perversos, enderezar entuertos, humillar el crimen, ejercer la magistratura de la espada, salvaguardia y vengadora en todas las regiones de la vida humana: tal es el programa de su empresa. Sus quimeras tienen el vuelo del águila, su locura se manifiesta en él con alas de Victoria. Su sola sinrazón es haber nacido tres siglos más tarde. El Misterio caballeresco se extinguió hace largo tiempo; los moros volvieron a su escenario de Africa: los gigantes han vuelto a

adquirir la estatura media de la especie humana; los carros tirados por dragones han quedado convertidos en decoraciones de teatro; y él, solo ya en la escena desierta de este teatro arcaico, se obstina en llevar adelante su empeño sin réplica, y esgrime contra fantasmas sus armas en el vacío. Paladín descarriado, retrato fabuloso que busca su marco en los tiempos pasados, Don Quijote es el anacronismo viviente del Cid y de Bernardo del Carpio.

Apártense de sus ilusiones las formas extravagantes que lo caracterizan, y se hallarán las más elevadas virtudes. El celo por el honor lo devora, la sed de equidad turba su razón, la fiebre del entusiasmo lo hace delirar. El mundo para este niño viejo, grandioso, se divide en dos zonas rigurosamente cortadas: por un lado princesas afligidas, reinas cautivas, amantes hechizados y perseguidos; por el otro, celosos feroces, pérfidos magos y tiranos perversos; ningún término medio, ningún cálculo; lo mediano de la vida real se le escapa; no concibe el bien sino bajo formas sublimes o regias; el mal no se le representa sino en figura de bestia feroz o de monstruo. Su ideal sobre la justicia se levanta por encima de las instituciones y de las leyes humanas. Desconoce el alcalde, ignora al alguacil; la vara del corregidor es para él un junco irrisorio; juzga que la Santa Hermandad le hace sólo una baja rivalidad a la caballería andante. Su idea sobre un derecho espontáneo, libre resultado de una inspiración superior, lo hace hostil a toda magistratura establecida, como lo dice en alguna parte:

«No hay más ley que mi espada; más pragmáticas que mi voluntad».

En menos tiempo del que un cadí turco necesita para dictar una sentencia, él decide lo que es justo o injusto, califica la sinrazón o el derecho, la culpabilidad o la inocencia de los personajes que encuentra.

Como los pájaros del cielo augural, que, según volaran a derecha o a izquierda, decidían una causa, o aclaraban una duda, las ilusiones apacibles o siniestras que pasaran por su mente, le hacían absolver o condenar a sus imaginarios culpables. Una simple confesión le bastaba para perdonar un presidio entero. Por odio a la policía regular, llegaba hasta fraternizar con los más terribles bandidos. El Caballero celeste abraza al Caballero infernal, a despecho de jueces y de tribunales. Su amor no es menos arbitrario que su heroísmo. Como un escultor que de un bloque informe sacara una diosa, Don Quijote, con los ardores de su fantasía, hace de una aldeana vulgar una beldad celeste, cuya personalidad material le importa poco: verdaderamente no está bien seguro de que exista; creador, duda algunas veces de su criatura. Cuando la Duquesa le pregunta si Dulcinea no es una dama fantástica:

«En eso hay mucho que decir, respondió don Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo».

Capítulo XXXII.

¡Mas qué importa la vida material de la carne y de la sangre a este ídolo de su alma! Dulcinea, como todas las divinidades, debe ser impalpable; la dama de sus pensamientos caería de su pedestal al llegar a ser la esposa de su cuerpo.

«Para lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra.... yo me imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada: y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Elena

ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina». Capítulo XXV.

Tal es Don Quijote, el ideal encarnado, la abstracción hecha hombre. Sobre la visera de su grotesco casco está escrito este desafío a los hombres:

«¿Hay, acaso, algo común entre vosotros y yo?»

La realidad se venga dolorosamente del desprecio que proclama contra ella, con crueles represalias: hace chocar contra los más viles escollos sus más elevados proyectos; convierte en polvo sus más luminosos lampos. Todos sus ensueños abortan, todas sus visiones se desfiguran y se afean; asimila un ventorrillo a un magnífico palacio, y la ridícula Maritornes a una deslumbradora sultana. Cada una de sus proezas termina por una riña; por adquirir una bacía de barbero, provoca los molinos de viento; pincha odres, da cintarazos a muñecos, derrota mayordomos y frailes. El peligro mismo, cuando es serio, lo pone en ridículo; los leones cuya jaula abre, le vuelven desdeñosamente la trasera; el río en que se arroja lo escupe con sus olas y lo vuelve a la orilla; los toros lo pisan, pero no lo cornean; tómalas con otros, parecen decirle todas las cosas y todos los seres que provoca. La fatalidad pára sus golpes de garrote; persigue emires y encuentra arrieros; las cimitarras árabes que ve flamear, caen sobre su cabeza como andanada de palos; afronta heridas y sólo recibe puñetazos; siempre magullado, nunca rendido; predestinado al emplasto, nunca alcanzó a merecer las hilas. No es esto todo: sembrando beneficios absurdos, nunca recogió sino ingratitud merecida. Las falsas víctimas a quienes consagra su heroísmo, se vuelven contra él con ademán airado. El chico que libra del látigo de su amo, lo colma de injurias; los presidiarios cuyas cadenas acaba de romper, lo echan a pedradas; viola funerales creyendo salvar algún cautivo. Sancho no es

manteado sino durante una hora, en tanto que Don Quijote vuela hacia lo sublime del uno al otro extremo de su cruzada, y siempre cae a lo largo en el ridículo. Y con todo, el caballero de la Mancha permanece noble y grande en medio de las decepciones que lo abruma; envuelto en el ridículo es, sin embargo, invulnerable al desprecio. Todo es falso en torno suyo, menos su valor. Si sus aventuras son ilusorias, su intrepidez es real; si el peligro lo burla, no tiene la culpa. Pudieran los molinos de viento haber sido gigantes, y el rebaño de corderos un ejército pagano, sin que se hubiera arrojado hacia ellos menos valerosamente, lanza en ristre. Con la heroica rabia de un campeón del *Romancero*, se empapa en la sangre de los odres; cuando cae sobre el pavimento de algún zaquizamí, lo hace tan espléndidamente como si fuera en un campo de batalla. En el momento de arrojarse entre el chis-chas de las lanzas que le parece oír, se encuentra en presencia de los seis mazos de un batanero. Sancho se ríe, pero Don Quijote, golpeándolo con el mango de su lanza, le dice:

«¿Paréceos a vos que si como éstos fueron mazos de batán fueran otra peligrosa aventura, no habría yo mostrado el ánimo que convenía para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado a dicha, siendo como soy caballero, a conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batanes o no?» Capítulo XX.

Su locura es sólo una monomanía, una brecha, que, como el tajo de una espada, ha atravesado su cerebro.

Exento de su idea fija, Don Quijote es el más sabio, el más elocuente de los hombres. ¡Qué superioridad de razonamientos y qué grandeza de alma tienen todos los consejos que da a Sancho sobre la manera como debe gobernar su insula! ¡cuánta discreción en sus disertaciones literarias! Ellas podrían servir de inspiración a los

sutiles humanistas de Madrid y Salamanca. Su alocución sobre la profesión de las armas trae a la memoria aquel discurso bélico *sermo galeatus* de que habla San Jerónimo. Raciocina sobre el amor con la sutileza ingeniosa de un trovador provenzal. Su cortesía es incomparable. Este hidalgo campestre, humillado por las ironías de la suerte, en medio de rústicos y de arrieros sería digno de discurrir con reyes y de galantear infantas. Su lenguaje es verdaderamente elevado; su palabra es un *Sursum corda* perpetuo. Alguna de sus exhortaciones a Sancho resuena como el toque de un clarín de guerra; alguna de sus saluciones a un huésped, respira el noble tono de la hospitalidad oriental. Cuando recibe al Auditor a los umbrales de la venta, podría comparársele a un califa abriéndole a un príncipe las puertas de su alcázar. En el lenguaje que usa con la Duquesa hay tanto de la poesía hiperbólica árabe, como de las más delicadas sutilezas de una refinada galantería. Su cultura no se desmiente ni con los papanatas y zarrapastrosos que encuentra: se roza sin mancharse con sus trivialidades y con sus harapos. Las chozas, con sólo que él éntre, toman el aspecto de Cortes; se sienta a comer en mesas inmundas, tan majestuosamente como si tuviese un puesto en la Tabla Redonda. Llama vuesamerced a un jefe de bandidos, y a Maritornes, alta y dignísima señora. Ante su respeto, todas las mujeres son iguales; todos los hombres son iguales delante de su bondad. Este caballero loco, es cumplido caballero.

No fue de un solo esfuerzo como Cervantes alcanzara la perfección de tal tipo. Uno se da cuenta de que él lo concibiera en un acceso de risa, y que lo animara con una sonrisa de ternura.

En la primera parte de su obra, el poeta maltrata cruelmente a su héroe; lo lanza en innobles pependencias;

le inflige tratamientos indignos. Aunque jamás altera su pureza moral, sí la mancha físicamente.

De buena gana se arrancaría la página en que Don Quijote y Sancho arrojan el uno sobre el otro el infecto breva que han bebido; todo el libro queda salpicado con él. Mas en breve el artista se apasiona de su creación, y la depura y la perfecciona en todo sentido. Cuanto más avanza Don Quijote en su novelesca campaña, tanto más se levanta en honor, en magnanimidad y en justicia. Las líneas burlescas que desfiguraban su noble perfil van borrándose gradualmente.

Los intervalos de lucidez que hay en él van haciéndose cada vez más cercanos: llegan a transcurrirse días enteros sin que el acceso reaparezca. Entonces podría tomársele por Alfonso el Sabio, recorriendo a Castilla, reformando leyes y pronunciando sentencias.

Sancho mismo se pule haciendo rodar tras Don Quijote su gruesa panza. Como la arena del poeta persa, Sancho, viviendo al lado de esta amplia flor de la elegancia y de la caballería, acaba por impregnarse de su perfume. Su buen sentido rústico se junta, sin alterarse, al idealismo de su amo, y de esta mezcla surgen diálogos de una sabiduría incomparable. Desde la segunda parte del poema, la glotonería de Sancho decrece a ojos vistas, su vulgaridad disminuye, la consagración a su amo se refina con los golpes que recibe, y se purifica con el ayuno. Lo ama por su misma locura, de cuya grandeza se da cuenta vagamente. El paje codicioso se transforma en escudero desinteresado y fiel.

«Conozco, dijo a la duquesa, que si yo fuera discreto, días há que debía de haber dejado a mi amo: pero ésta fue mi suerte y ésta mi malandanza; no puedo más, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, diome sus pollinos, y sobre todo, yo soy fiel, y así es imposible que nos pue-

da apartar otro suceso que el de la pala y el azadón». Capítulo XXXIII.

La insula prometida llegó al fin, y cuando Sancho toma posesión de ella, su educación está hecha; el animal se ha convertido en hombre; una partícula del alma de Don Quijote anima en adelante su tosca naturaleza. Sancho juzga como Salomón y como Harún-al-Raschid, y la sabiduría oriental habla por boca suya.

La creciente simpatía que Don Quijote inspira, redobla la piedad que causan los engaños de que le hacen víctima. Los arrieros que lo azotan están en su derecho, porque los ha atacado; pero los graciosos y los grandes señores que lo befan sin otra mira que la de divertirse, parten el corazón. Toda esta gente vestida de seda desciende mucho más abajo que la haraposa canalla. Se experimenta indignación al verlo enjaulado, como animal que se exhibiera en una feria, por un cura pedante y un barbero truhán. Causa desprecio aquel duque y aquella duquesa hipócritas que lo atraen a su castillo para entregarlo a las burlas de las camareras y a los chistes de los lacayos. La parte más dolorosa del libro es, verdaderamente, aquella en que Don Quijote sirve de juguete a aquellos hidalgos de provincia que lo exhiben como a un gracioso. Viene a la memoria Sansón llamado delante de los filisteos «para que los hiciera reír», aplastándolos bajo el peso de los escombros de su templo.

Sansón dijo: «Muera yo con todos los filisteos! Y dando una fuerte sacudida, cayó el edificio sobre los príncipes y el pueblo allí reunidos; y el número de hombres que mató al morir, excedía al de los que había matado en vida».

Como le sobrevinieron las fuerzas en aquel momento al Juez de Israel, así se querría que el héroe de la Mancha hubiera recuperado su razón, y se hubiera lanzado, espada en mano, sobre los *Filisteos* que lo ridiculizaban,

como lo hizo, con menos justos títulos, contra las muñecas de Pedro.

Sin embargo, Cervantes ha castigado a la duquesa la conducta observada con Don Quijote. Ella luce y deslumbra al principio en el libro, cuando aparece en el crepúsculo sobre una hacanea blanca, el halcón al puño, semejante a la elegancia en persona; pero la indiscreción de una dueña descubre que esta Diana cazadora tiene dos remiendos en las piernas, y Don Quijote queda vengado.

¡Con qué sombrío desenlace termina esta Odisea tan llena de aventuras! El bachiller disfrazado de caballero de la Blanca Luna, lo ha vencido; para cumplir las condiciones del combate, debe entrar a su aldea y renunciar a la caballería; pero su alma se rompe al romperse su espada: al abdicar su ideal, se despidе de la vida. «¡Adiós!» pudo haber exclamado con el Otelo de Shakespeare.

«¡Oh! Ahora sí para siempre. ¡Adiós ejércitos equipados. ¡Adiós, gran guerra, que hace de la ambición una virtud! ¡Oh! Adiós, adiós, al corcel que relincha, a la estridente trompeta. Adiós a la bandera real, a la belleza, al orgullo, a la pompa de los aprestos a la guerra gloriosa! ¡Adiós! La tarea de Don Quijote ha concluido».

Su tarea ha concluido en efecto. A Don Quijote no le queda más que la muerte. Depone su fiereza con su armadura, y hoy anda vagando por los caminos reales que antes recorriera con la actitud de un gran justiciero. De caballero errante, hélo aquí convertido como él mismo lo dice, en caballero pedestre.

Don Quijote desmontado de Rocinante viene a ser algo como un centauro mutilado. Los cerdos le pasan por encima sin que él se conmueva.

«Déjalos estar, amigo, dijo a Sancho, que quería trozarlos, que esta afrenta es pena de mi pecado y justo castigo del Cielo es, que a un caballero andante vencido le

coman zorras y le piquen avispas, y le huellen puercos». Capítulo XVIII.

La calma de su locura es presagio de su próximo fin: ya no son para él las tabernas castillos fortificados: ¡funesto síntoma! ¡*Malum signum, malum signum!* como murmura entre dientes cuando entrando a su aldea se encuentra herido en el corazón por este grito proferido por un niño: «tu señora ha muerto y no volverás a verla».

De tal manera, Dante en la *Vita nuova*, ve en sueños caras llorosas que pasan gritando: «¡Tu admirable dama no vive ya entre los del siglo!» Por diferente que sea la estructura de las dos obras, los grandes libros, como las grandes montañas, tienen ecos que se repiten al través de los siglos. Dulcinea y Beatriz, bajo formas distintas, son dos hijas de un mismo ensueño, dos fantasmas de un mismo ideal.

«Callad, hijas, respondió Don Quijote al magnífico acogimiento que le hicieron el ama y la sobrina, que yo sé bien lo que me cumple; llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno». Capítulo LXXIII.

Se duerme, y al despertarse, despierta también el sueño de su vida. Curado de su locura, cae en el acto mortalmente enfermo. El sonámbulo despertado repentinamente, cae de la altura a donde lo hayan conducido alas invisibles y se estrella contra el pavimento; así Don Quijote, precipitado desde lo alto de sus visiones al mundo real, no puede sobrevivir a la caída. El entusiasmo era el aceite que alimentaba este cuerpo extenuado; al punto en que le falta, expira. Las burlas que persiguieron toda su vida, no le faltan ni en el lecho de muerte. El cura y el bachiller quieren aún engañarlo hasta en su hora postrema con las visiones de la caballería; pero Don Quijote les cierra la boca con suave firmeza:

«Señores, no vayáis tan de prisa; la cosa no es para chanzas; porque en los últimos nidos de la estación, no

hay pájaros este año. Yo era loco, pero ahora héme aquí vuelto a la razón; yo era Don Quijote de la Mancha; mas ahora soy de nuevo Alonso Quijano el Bueno. Que se me traiga un sacerdote para confesarme y un notario para extender mi testamento».

Y rinde su grande alma a la razón, que le sobreviene bajo los severos rasgos de la muerte, como hubiera rendido su espada a un enemigo victorioso.

En la antigua Grecia, cada comarca, cada isla tenía un dios especial, rústico o guerrero, de la tierra o del mar, hecho a la imagen del país y modelado de acuerdo con su carácter y sus costumbres. Esta divinidad indígena ocupaba el pensamiento de todos y sobre todos ejercía su influencia. Sus estatuas se encontraban a cada recodo del camino, en las cimas de todas las colinas; su leyenda se mezclaba con su historia; sus oráculos llenaban los antros; su hálito se respiraba con el aire.

Ideal e imaginario como los dioses de la Grecia, Don Quijote se adueñó de la tierra que le dio el sér, y quedó convertido en el genio del lugar. Su elevado espectro jamás abandona a los viajeros que recorren la Mancha y las dos Castillas. La aridez de las llanuras trae a la memoria su flacura. El rudo perfil de las rocas que erizan el estrecho sendero de las sierras recuerda vagamente su faz angulosa. Don Quijote y España parecen calcados el uno en la otra. El viajero espera siempre verlo aparecer entre cada nube de polvo, empinado sobre los estribos en su flaco caballo. No hay molino alguno que mueva sus aspas que no parezca provocarlo. Por las noches parece verse su lanza en algunos de los rincones oscuros de la posada en donde Maritornes hurafñas sirven el jamón rancio y el vino hediondo a cuero de cabro con que él rociaba sus frugales comidas; a cada paso parece verse su fantástica silueta entre las sombras que la humosa lámpara destaca en el muro. Y parece que tirando la cortina

de sarga del lecho haraposo a donde conduce al viajero la huéspedea, hubiera de encontrarse a Don Quijote incorporado, con la mirada fija, altivo el bigote, envuelto en los pliegues de su cobertor de lienzo, tal cual aparece a doña Rodríguez, o más bien semejante al Cid sentado en su silla sepulcral.

«En San Pedro de Cardeña
 Está el Cid embalsamado,
 El vencedor no vencido
 De moros ni de cristianos.
 Por mando del Rey Alfonso
 En su escaño está sentado,
 Su noble y fuerte persona
 De vestidos arreado:
 Descubierta tiene el rostro
 De gran gravedad dotado,
 Su blanca barba crecida
 Como de hombre estimado,
 La buena espada Tizona
 Puesta la tiene a su lado;
 No parece que está muerto,
 Sino vivo y muy honrado» (1).

PAUL DE SAINT VICTOR.

(Traducción de Roberto Bulla).

Biografía

BOVES

Y ES aquí, en medio del cuadro, donde debe presentarse la sangrienta figura del héroe de la guerra a muerte. La tradición espantada ha conservado el retrato de aquel bárbaro barbitaheño, y es singular que la descripción que del fiero Atila, «nacido para la desolación del mundo»,

(1) *El Romancero del Cid*, Romance 1-5.

nos dejó el lombardo Pablo Diácono, sea el retrato cabal de Boves: cuerpo mediano, ancho pecho, gesto feo, enorme cabeza, la nariz y la boca como las de las aves de rapiña, ojos hundidos y turbios como el mar, cuyas llanuras gustábale atravesar de mozo, mirada horrible que paseaba alrededor como un tigre que se acuerda de su presa, la frente espaciosa y chata. Su cuello, que tiraba hacia atrás, y sus miradas, que concentraba a veces, y a veces paseaba con inquieta curiosidad, daban a sus movimientos aquel imperio y fiereza de que no le fue dado eximirse a sus mismos superiores. Distráido en medio de sus pensamientos lúgubres, que visitaban sangrientos fantasmas, volvía en sí por una sonrisa feroz o por miradas de fuego, que precedían a sus silenciosos furores. El no sabía de esas palabras enfáticas, de calculado efecto, que usan sus semejantes, ni tronaba en una tempestad de amenazas crueles; frío, como el acero, alevoso, como el halcón, hería inesperadamente, revelándose su rabia por pueblos desolados y en cenizas, por millares de cadáveres insepultos.

No escasearán compatriotas que frunzan el ceño ante estas páginas que tratan de revivir la sombra fatídica y mil veces maldita de aquel instrumento de la ira del cielo, cuyo solo nombre aún sobrecoge de espanto a los rústicos habitantes de los llanos de Venezuela; a aquéllos respondo anticipadamente, por boca de uno de los más delicados espíritus contemporáneos: «El moralista aparta al hombre del placer y atempera su orgullo. El artista se interesa en todos sus instintos; comprende y acepta todo en el alma, aun el mal. Otelo, estrangulando a Desdémona, es bello, si bien criminal. El corazón humano tiene sus funestas violencias como la naturaleza; pero las borrascas de uno y otra, cualesquiera que sean sus estragos, excitan siempre la simpatía del artista que reconoce, en las más agitadas profundidades, la floración misteriosa de la fuerza viva» (1).

Vino Boves de piloto a La Guaira, y fue preso y procesado en Puerto Cabello por sus malos manejos en un buque corsario, logrando que se le conmutase la pena de presidio

(1) Emile Gebhart. *Souvenirs d'un vieil Athénien*. Paris. 1911.

por la de confinamiento a la ciudad de Calabozo, gracias a la intervención de los Joves, mercaderes de Puerto Cabello, de quienes, por gratitud, imitó el apellido, cambiándole la primera letra. Esto es lo que refieren Briceño Méndez y casi todos los historiadores de la independencia, pero el ilustrado escritor venezolano don Laureano Vallenilla Lanz ha escrito, recientemente, estos párrafos sobre los orígenes de Boves:

«Por los datos que personalmente recogimos en España, sabemos que Tomás Rodríguez Boves nació en Oviedo, Provincia de Asturias, en el año de 1783. Su apellido Bobes y no Boves, que es mala redacción, es muy corriente en aquellas regiones y se aplica al natural de la Bobia, término orográfico muy común en Asturias. Bobes se llama también una parroquia del Concejo de Siero. De manera que siendo un apellido de procedencia geográfica, se le lleva siempre precedido de otro patronímico, como Rodríguez-Bobes, Alvarez-Bobes, Fernández-Bobes, García-Bobes, etc., apellidos éstos que llevan muchas familias en España».

«En la lista de los primeros sesenta alumnos que inauguraron el día 7 de enero de 1794 el Real Instituto Asturiano, donde se dio enseñanza oficial de la carrera náutica, figura el nombre de Tomás Rodríguez Bobes; en el libro que con tal motivo escribió Jovellanos, titulado *Noticia del Real Instituto Asturiano*, está citado en la siguiente forma: "Don Tomás Rodríguez Boves, natural de la ciudad de Oviedo; edad, once años." En el Apéndice III de la obra del señor Lama y Leña, titulada *Reseña del Instituto de Jovellanos de Gijón*, figura como piloto, habiendo terminado los estudios de la carrera náutica, y se registra así: "Tomás Rodríguez Boves, que empezó los estudios de náutica y pilotaje en 1794 y terminó en 1798." Fue, por lo tanto, piloto a los quince años, y en calidad de tal dicen los historiadores y la tradición que vino a Venezuela».

En 1811 tenía tienda de ropa en Calabozo, y más tarde se alistó en las filas patriotas, pero disgustado por motivos que se ignoran, se pasó al año siguiente a las tropas realistas. Estos lo nombraron oficial de Urbanos y Comandante militar

de aquel pueblo, en 1813, y entonces empezó su carrera de crímenes.

En agosto de aquel año, jefe de numerosa banda de llaneros, sobre los cuales ejercía diabólica fascinación, se dirigió al Bajo Apure, donde, tomando la voz del rey y sacando de Guayana municiones, en cambio de ganados, formó su ejército. El 14 de octubre lo destrozaron los patriotas en *Mosquito*; Boves se retira entonces a Guayabal, a la izquierda del Apure, y hace arrancar las ventanas de hierro del pueblo para fabricar lanzas. El 14 de diciembre desbarata a los patriotas en San Marcos y se apodera de Calabozo y de todo el *Llano bajo*. El 3 de febrero de 1814 derrota en *La Puerta* las tropas de Campo Elías, y se adelanta, rápido y feroz, sobre los valles de Aragua, cubriéndolos de sangre y de cadáveres. El 12, José Félix Rivas logra rechazarlo en *La Victoria*, pero Boves se rehace, y el 28, a la cabeza de siete mil hombres, ataca a Bolívar en San Mateo. La batalla queda indecisa; Boves, herido, se retira a Calabozo para reaparecer en San Mateo el 20 de marzo; renueva el ataque hasta el 25, y, ya a punto de apoderarse del parque republicano, Ricaurte le prende fuego y vuela con él. El 30 de marzo, Boves contramarcha hacia la Villa de Cura, se encuentra con Mariño en Bocachica, y, después de formidables cargas, retíranse ambos; Boves camino de Calabozo, su madriguera.

En aquellos días escribe al Justicia Mayor de Camatagua este oficio:

«Calabozo, 15 de mayo de 1814.

Recibí los hombres y espero de su eficacia no deje uno solo útil, para concluir con estos pícaros y luégo descansar en el seno de sus familias.

Boves».

También en aquellos días terríficos se consuman las hecatombes de españoles y canarios en La Guaira y Caracas, decretadas por Bolívar y ejecutadas por Arismendi y Leandro Palacio. Boves, al ver el manifiesto publicado por Bolívar para justificar aquella carnicería, lo leyó, a caballo, en la mitad de

la plaza de Calabozo, y juró, ante el cielo y la tierra, que los vengaría pasando a cuchillo a todos sus enemigos. El 28 de mayo, Bolívar derrota al Capitán General Juan Manuel Cajigal en la llanura de Carabobo, pero, desgraciadamente, no se sacó de esta victoria el fruto que pudo obtenerse, y ya se acercaba el desastre final del año 14, el año terrible de la Revolución.

Nadie pensó en que Boves, después de sus recientes fracasos, se rehiciese y levantase repentinamente un ejército poderoso, compuesto de 5.000 lanceros y 3.000 infantes, divididos éstos en tres cuerpos mandados por Ramón González, Manuel Machado y Guía Calderón. El cuerpo selecto de infantería era la columna *Cazadores*, fuerte de 800 hombres, y al mando de Rafael López. Las tropas realistas llevaban divisa blanca, que, de lejos, se confundía con la amarilla de los patriotas.

El anuncio de la aparición de Boves en los llanos fue como la trompeta del juicio final; el terror corrió por los valles de Aragua y llegó hasta Caracas. Las poblaciones emigraban en masa hacia Valencia y la capital, entonando letanías por el camino, como para hacer más pavoroso aquel cuadro de desolación. En su tránsito, Bolívar, más de una vez, tuvo necesidad de detenerse para dejar pasar aquellas procesiones de la desgracia que le miraban con ojos espantados, en que iba mezclada la esperanza con el reproche de ser el autor de tantas calamidades.

A dos leguas de la Villa de Cura se halla una pequeña llanura cortada por las ondulaciones del terreno y cercada por montes y cerros. Tanto a la entrada como a la salida hay un paso estrecho con alturas a los lados. Esos pasos están cortados por dos riachuelos y hacia el sur corre el Guárico: tal es *La Puerta* de los llanos. Boves escogió, detenidamente, el campo como el más a propósito para esperar a Bolívar, pues conocía el terreno, como que el 3 de febrero había derrotado allí a Campo Elías.

En la mañana del 15 de junio de 1814 los patriotas se ven amenazados por una nube de caballería, compuesta de zambos y negros, que avanzaban por la sabana de Ocumare. Al

propio tiempo Bolívar llega al campamento acompañado de sus Secretarios y el Estado Mayor. Boves ocupa la salida al llano, Bolívar la entrada. Boves reta a Bolívar a combate singular, y éste no acepta. Rotos los fuegos, las montoneras de Boves se estrellan contra el disciplinado batallón *Aragua* y retroceden para volver a la carga con más furia. La artillería barre la llanura y obliga a los realistas a replegarse. Carga López con sus *Cazadores* y llega cerca de la artillería patriota, pero es rechazado, dejando tendida gran parte de su tropa. Bolívar, al ver ganada la batalla, ordena una carga de caballería, que resulta débil e indecisa. Impaciente luego, ordena una carga general. Marcha *Aragua* de frente, siguele *Barcelona* en columna, cerrando el flanco izquierdo de los patriotas, a tiempo que *Cumaná* toma el lado derecho. A este tiempo aparecen tres grandes cuerpos de caballería realista y caen inesperadamente sobre la caballería patriota, que huye cobardemente. Intenta resistirle *Barcelona*, pero sucumbe cogido entre dos masas de lanceros.

Aragua desaparece bajo las patas de los caballos de Boves, el pánico se apodera de los patriotas, y los más piensan en la fuga.

En tanto, *Cumaná* se forma en cuadro. Boves ordena su destrucción y aquel duelo a muerte concentra la atención del ejército realista, que suspende la persecución de los fugitivos. En fuga la caballería, el batallón emprende su retirada en correcta formación. Aquel cuerpo perdido entre el bosque de lanzas enemigas, en marcha hacia el sacrificio y agrupado al pie de su bandera, era la imagen de la Patria, coronada por el martirio; del humo de sus fusiles salía el incienso del holocausto; sus divisas amarillas brillaban con los rayos de un sol de verano y parecían dorados laureles que ornaran las frentes de aquellos héroes. En vano esperó un amago siquiera de la caballería en derrota; cuando se agotaron los pertrechos, *Cumaná* hincó rodilla en tierra y resolvió vender cara la vida. Asaltada por dos cuerpos de jinetes, fue roto el cuadro y consumóse el sacrificio. Freitas, su jefe, viéndolo todo perdido, se dispara su pistola al pie de su bandera. Los realistas respetaron su cadáver, y López le hizo dar sepultura.

A las dos de la tarde mil cadáveres republicanos quedaban en el campo, entre ellos los Secretarios del Libertador, quien salvó la vida merced a las uñas de su caballo, y se dirigió a Caracas (1).

Al amanecer del 19 Boves entra a Valencia, que capitula confiada en el juramento de perdón hecho por él ante el Santísimo Sacramento. ¿Habría necesidad de agregar que el bárbaro, después de tomada la ciudad, pasó a cuchillo a todos sus habitantes? Hé aquí la relación que de aquellos sucesos nos hace el historiador realista Heredia:

«En la noche siguiente (10 de julio de 1814) Boves reunió todas las mujeres en un sarao, y entretanto hizo recoger los hombres, que había tomado precauciones para que no se escaparan, y sacándolos fuera de la población (en el Morro), los alanceaban como a toros sin auxilio espiritual. Solamente el doctor Espejo, Gobernador político, logró la distinción de ser fusilado y tener tiempo para confesarse. Las damas del baile se bebían las lágrimas y temblaban al oír las pisadas de las partidas de caballería, temiendo lo que sucedió, mientras que Boves, con un látigo en la mano, las hacía danzar el *piquirico*, y otros sonecitos de la tierra, a que era muy aficionado, sin que la molicie que ellos inspiran fuese capaz de ablandar aquel corazón de hierro. Duró la matanza algunas otras noches» (2).

El 6 de julio Bolívar desocupa a Caracas seguido de aquella pavorosa emigración de mujeres, ancianos y niños que preferían morir de hambre en las montañas a caer en las garras de Boves. Sólo quedaron en la ciudad, según el mismo historiador Heredia, testigo presencial de estos acontecimientos, el Arzobispo y los Canónigos, las monjas y algunos frailes.

Boves escribe entonces al Gobernador Quero, de Caracas, este lacónico oficio: «Si a mi llegada a esa ciudad, que será dentro de veinte días, encuentro un patriota, usted pagará con su cabeza». El 8 de julio llega a Caracas la vanguardia del

(1) Cf. Duarte Level. *Las derrotas*. Caracas. 1911.

(2) J. F. Heredia. *Memorias*, etc., *ob. cit.*, p. 203.

ejército realista, y el 16 entra Boves y empieza en *Coticita* la matanza de los patriotas que habían salido de sus escondites confiados en las nuevas promesas del vencedor. Ensoberbecido con tantos triunfos, Boves escribe al Capitán General Cajigal: «He recobrado las armas, las municiones y el honor de las banderas españolas que Su Excelencia perdió en Carabobo». Dueño del mando supremo, se apropió el título de *Comandante General del Ejército*, y se dirigió a oriente en persecución de Bolívar.

Un día, refiere O'Leary, le presentan, en su marcha, un anciano enfermo y descarnado, único habitante del pueblo de donde habían huido los demás, al saber su llegada. Después de algunas preguntas, a que el anciano respondió con dulzura y veracidad, le mandó decapitar. Al instante salió de entre las filas un bello joven que frisaba en los catorce años, y postrándose de rodillas ante el caballo del bárbaro: «Os ruego, exclamó, por la Santísima Virgen, perdonéis a ese pobre hombre, que es mi padre; salvadle y seré vuestro esclavo». «Bien, dijo el monstruo, sonriéndose al oír las súplicas fervientes del joven: para salvar su vida, ¿dejarás que te corten la nariz y las orejas sin un quejido?» «Sí, sí, respondió el infeliz, os doy mi vida, pero salvad la de mi padre». El muchacho sufrió con admirable serenidad la horrible prueba; visto lo cual, Boves mandó que le matasen junto con el padre, *por ser éste un insurgente, y aquél demasiado valiente, para permitir que le sobreviviera y se convirtiera también, más tarde, en insurgente.*

«Extraño parecerá, agrega O'Leary, que en un país en donde pocos años después hubo treinta puñales para hundirlos en el pecho del hombre a quien la mitad de la América hispana debe su independencia, se hubiese permitido la consumación de tan salvaje crimen sin la menor resistencia. ¡Tal es el pavor supersticioso que inspira un déspota! Aquel bizarro joven que tuvo el valor de ofrendar su vida para salvar la de su padre, fue cobarde para libertar la humanidad de aquel bandido» (1).

(1) *Narración*, tomo I, página 188.

Hoy podríamos los colombianos repetir las mismas palabras del discreto irlandés, al pensar en ese asesino de naciones llamado Teodoro Roosevelt. Tántos bizarros jóvenes que tendrían el valor de sacrificarse por sus padres y son cobardes para libertar a su Patria de aquel bandido!

El 15 de octubre Boves entra a sangre y fuego a Barcelona, y, por la noche, en medio de espesas tinieblas contra las que lucha débilmente la funeraria luz de una lámpara, comienza a oírse una música triste, que se hace de pronto bulliciosa y alegre; en un momento la sala aparece iluminada, y damas, caraqueñas muchas, engalanadas por fuerza, aparecen, desoladas y llorosas, entre aquellos bandidos, empapados con la sangre de sus hijos y esposos. Ya en las altas horas la música iba debilitándose más y más; a poco un violín sonaba únicamente; después, todo era silencio en el iluminado salón. Treinta músicos de Caracas, uno a uno, habían dejado sus instrumentos para ser degollados (1).

El 3 de octubre entra al pueblo de Santa Ana y hace tocar a degüello, en el cual perecieron quinientas personas, la mayor parte mujeres patriotas. El 16 ocupa a Cumaná y pasa a cuchillo a todos los habitantes, inclusive los niños y las mujeres. El 5 de diciembre derrota en Urica a Rivas, Bermúdez, Piar, Monagas, Cedeño, Zaraza, los más valientes jefes patriotas, mas, en medio del combate, al arrojarse sobre las filas enemigas, al frente de su escuadrón de carabineros, cae, de su impetuoso alazán, atravesado de un lanzazo (2).

Boves tuvo, sin embargo, una gran virtud: la gratitud. Por dondequiera que tropezó con alguno de sus amigos a quien debiera un beneficio, le tendió la mano y lo salvó, aun cuando fuera su enemigo político. Este espíritu infernal salvó del suplicio a víctimas ya sentenciadas a morir. Parece que el lema

(1) J. V. González, obra citada, página 101. Rojas, *Leyendas*, tomo I, página 54.

(2) Boves fue víctima de la venganza de Ambrosio Bravante, hijo de Antonio Bravante, de Calabozo, cuya bella hija de quince años fue violada, en presencia de sus padres, por Boves, y luego entregada a la soldadesca. (Ramón I. Montes, *Dos épocas de Boves*. Caracas. 1844).

de su escudo hubiera sido aquella sentencia del *Dean Swift*: «El hombre que le dice a otro ingrato, le hace reo de todos los crímenes». Su guerra, y los medios de ejecutarla, confiesa su grande amigo y Secretario, el historiador realista José Domingo Díaz, *fuieron, en verdad, terribles* (1). Dividía sus cuerpos según los pueblos a que pertenecían los soldados, y así se llamaban *Escuadrón del Guayabal, Escuadrón de Tiznados, etc.*, dando esta clasificación por resultado una emulación entre los cuerpos, que los hacía invencibles. Aquellos hombres feroces, dice Díaz, le temían, le adoraban, y ejercía sobre ellos un poder mágico, especialmente entre los de color, o castas africanas, a quienes ilusionaba con la esperanza de elevarse por la destrucción de los blancos, que hacía perseguir con el nombre de insurgentes, y entre los cuales sólo daba cuartel a los sacerdotes y a los músicos. A su voz surgían ejércitos y morían los que se mostraban rehacios a seguirle. «Era cruel por instinto y a sangre fría», dice Heredia, hablaba poco y no sonreía sino en presencia de una gran catástrofe, de un horrible peligro o de una suprema desgracia. En tales circunstancias *soltaba una suerte de carcajada diabólica*. Cuentan, sin embargo, las crónicas, que en una ocasión nublaron las lágrimas sus ojos. Boves amaba, sobre todas las cosas, su caballo, un soberbio corcel negro charolado, su compañero en todas sus batallas, y al que había puesto el nombre de *Antinoo*, en recuerdo de su padre. En la batalla de San Mateo, el 28 de febrero de 1814, cayó muerto de un balazo el brioso animal, que tántas escenas sangrientas había presenciado. Boves, transido de dolor, se abrazó a él, y cuentan, que sólo aquel día le vieron llorar sus soldados.

Páez, el llanero épico de las *Queseras del medio, el león de Apure*, amaba también, sobre todas las cosas, su caballo. En el combate de la *Mata de Miel*, cuando las balas españolas se lo mataron, dirigió a su ejército esta proclama: «Compañeros, me han matado mi caballo, mi buen caballo, y si ustedes no están resueltos a vengar ahora mismo su muerte, yo

(1) *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, ob. cit., *passim*.

me lanzaré solo a perecer entre las filas enemigas». A lo cual todos contestaron: «¡Sí, General, la vengaremos!» (1).

Boves fue también un valiente, y así el héroe y el bandido se confundieron de tal suerte en él, que habría sido difícil trazar una línea divisoria. Agil, intrépido, temerario, ambicioso de mando, rebelde, astuto, pérfido, frío como el hierro. La fatiga, los peligros, la lucha con los elementos fortificaron su cuerpo, y la vida aventurera de pirata, que llevó en su mocedad, y el aspecto constante de la muerte, endurecieron su alma. Impasible en la derrota, ebrio en el triunfo, tolerante con los excesos de sus parciales, feroz hasta el delirio contra sus enemigos, Boves integra en su espíritu el ímpetu salvaje del llanero y su astucia y su fatalismo, con la crueldad de Zuazola, Antoñanzas, Cerberis. Si la resistencia le irrita, aún le enfurece más la adulación. En su primera entrada triunfal a Calabozo mata con su propia mano al isleño que sale a vitorearle, celebrador de todos los triunfadores. Sobrio, desinteresado hasta el extremo de no tener con qué vestirse, sólo poseía su caballo y su espada, y en el testamento que dejó apenas pudo disponer, en favor de su novia (¡porque Boves amó!), de trescientos pesos que le debía don Juan Vicente Delgado.

Sus huestes desoladoras estaban compuestas, exclusivamente, de venezolanos, llamados *pardos* o *mestizos*, lo que confirma esta triste verdad enunciada por todos los historiadores: *La causa de la independencia no fue popular en ninguna de las antiguas colonias españolas*. Bolívar en San Mateo apenas mandaba un ejército de dos a tres mil soldados, la flor y la nata de la juventud de Bogotá y Caracas, entre la cual figuraban no pocos jóvenes recién salidos de los seminarios y colegios, mientras Boves reunía bajo la bandera real siete mil hombres del pueblo que gritaban con locura: ¡Viva Fernando! En Nueva Granada las multitudes contemplaban con indiferencia la lucha que sostenían un puñado de sabios, poetas y abogados con la soldadesca de Calzada y de Morillo, sin comprender siquiera la causa que sostenían los primeros y por la cual iban bien pronto a dar su vida en el cadalso. En Chile fueron también mi-

(1) A. Rojas. *Obras escogidas*, París, 1907, página 405.

noría los Carreras y los O'Higgins. Pero donde más impopular fue la causa de la independencia y más odiosa la de la revolución democrática complementaria, fue en el Perú. La obra iniciada allí por San Martín y concluida por Bolívar fue, pues, más de conquistadores que de auxiliares. El sentido de la revolución democrática era un mito para la masa peruana de 1822, y era profundamente odiosa para las clases aristocráticas que constituían toda la vida de la colonia en los centros del litoral de aquel país, lo cual explica aquella serie de veleidades y traiciones en que incurrieron los magnates peruanos. Tales hombres, salvo raras excepciones, no lograron penetrar en la revolución, en cuyas filas fueron a alistarse, un punto más allá de la guerra que ella hacía a los españoles y el de su lanzamiento del suelo patrio, y cuando se les hizo vislumbrar otra cosa, faltóles el valor, hijo de la convicción, apocóse su ánimo, e irritados, corrieron los unos en busca de las antiguas libreas, bajo las antiguas banderas, y se vengaron otros de los imprudentes que iban a imponerles la libertad por la fuerza. La guerra de independencia no tuvo, repitámoslo, raíces en las clases populares, ni fue, por tanto, la sublevación del pueblo colonizado contra el pueblo colonizador.

El 20 de julio de 1810, como el 5 de julio de 1811, fueron, pues, en Colombia y Venezuela (como han sido las conmociones semejantes en todos los países del mundo), la obra de un pequeño grupo de hombres instruidos, de la clase social elevada, contaminados entonces de las ideas revolucionarias de Francia y los Estados Unidos. La caballería de Boves, que llegó a contar más de 10.000 jinetes, la formaron llaneros venezolanos que después debían seguir a Páez, y colombianos y venezolanos eran la mayor parte de los soldados de Monteverde, Morales, Barreiro, Sámano, Warletta, Cajigal. «Los pueblos se oponen a su bien, escribía Urdaneta en julio de 1814 al Congreso granadino, el soldado americano es mirado con horror; no hay un hombre que no sea un enemigo nuestro; nuestras tropas transitan por los países más abundantes, y no encuantran qué comer». (1). Bolívar mismo dice, amarga-

(1) *Memorias. Ob. cit.*, página 132.

mente, en su despedida de Carúpano: «El ejército libertador exterminó las bandas enemigas, pero no ha podido ni debido exterminar a unos pueblos por cuya dicha ha lidiado en centenares de combates. No es justo destruir a los hombres que no quieren ser libres» (1).

En Colombia los pastusos fueron los más encarnizados enemigos de los libertadores, los más tenaces en conservar los hierros de la servidumbre, y, lo mismo en Colombia que en Venezuela, los que se sentaron en los banquillos, o subieron a las horcas, o salieron en destierro para que los esclavos fueran libres y los desheredados alcanzaran los más altos puestos de la República, fueron patriotas todos de ilustres nombres: los Santander, Nariños, Torres, Caldas, Pombos, Valenzuelas, Cabales, Torices, Amador, Castillos, García Rovira, López, Valencias, Portocarreros y todos los austeros patriarcas de la Patria Boba en Colombia; los Bolívar, Mirandas, Toros, Alamos, Mendozas, Tovares, Montillas, Peñalveres, Rivas, Soubllette, Anzoátegui y los *ocho monstruos* venezolanos enviados por Monteverde a los presidios de Ceuta. Familias aristocráticas enteras se sacrifican por la independencia. En Venezuela mueren veinticinco Rivas en veintidós meses, y de sola doña Catalina Tovar perecen cuatro hijos. Esos varones insignes ennoblecieron la guerra y fundaron la patria en América.

Con el fatal año de 1814, en que culmina el fastasma de Boves, «la cólera del cielo que fulmina rayos contra la Patria», como le llamó Bolívar (2), queda sepultada la independencia nacional. La situación en que quedaron las regiones azotadas por la guerra a muerte la describen los mismos españoles, y, así, el doctor José Manuel Oropesa, asesor de la Intendencia, dice: «No hay ya provincias, las poblaciones se acabaron. Los caminos y los campos están cubiertos de cadáveres insepultos y abandonada la agricultura; los templos polutos y llenos de sangre, y saqueados hasta los sagrarios». El brigadier don

(1) Proclamas de Bolívar de 13 de abril y 7 de septiembre de 1814. Cf. el excelente estudio de Vallenilla Lanz titulado: *La guerra civil de la independencia*. Caracas. 1911.

(2) Respuesta al Gobernador de Curaçao, 1813. Proclama de 2 de octubre de 1818.

Manuel del Fierro escribe a un compatriota suyo el 29 de diciembre de aquel año: «En las últimas acciones habrán perecido más de 12.000 hombres. Afortunadamente los más son criollos, y muy raro español. Si fuera posible arrasar con todo americano sería lo mejor. Si en las demás partes de América se encontraran muchos Boves, yo le aseguro a usted que se lograrían nuestros deseos, pues en Venezuela hemos concluido con cuantos se nos han presentado».

Tal fue la rápida y corta carrera y el fin de José Tomás Boves, hombre extraordinario, digno de haber figurado también en la siniestra galería de Pablo Jovio. Por el coraje, la audacia, la tenacidad, la bravura sólo Bolívar fue superior a él, pero en la crueldad no tuvo rival.

Su tiranía sólo duró seis meses. Brilló en el cielo de la Patria momentáneamente, como un planeta maléfico y repentino, y de su gloria militar sólo quedó un reflejo sangriento, horror de realista y de patriotas; la Real Audiencia, que no osó contradecirle, escarnece su nombre; Morillo mira de reojo su memoria y afecta despreciar sus huestes; el rey le llama insubordinado y le insulta con el despacho de Coronel; pero la Santa Iglesia Metropolitana de Caracas celebra, el 14 de febrero de 1815, «solemnnes funerales por el alma del señor Comandante General don José Tomás Boves» (1).

Doscientas cincuenta mil víctimas costó la guerra a muerte, si atendemos a los cálculos más imparciales. José Domingo Díaz calcula las pérdidas en Venezuela, entre 1813 y 1814, en 131.000 muertos. Dauxion-Lavaysse afirma que Venezuela contaba antes de la revolución del 19 de abril de 1810, 975.000 habitantes, y en 1825 sólo 659.000; de suerte que había perdido más de 300.000. Un oficial de la *Legión británica* escribió en aquel tiempo: «Nunca hubo un período, en ninguna edad ni país que recuerde la historia, de más premeditada carnicería y de mayor crueldad en la aplicación de torturas, peores que la muerte misma» (2).

(1) *Gaceta de Caracas*, número 3.º En el museo privado del señor Domingo Garbán, en Caracas, he visto un ejemplar de las lujosas invitaciones que con tal motivo se pasaron.

(2) *Voyage aux îles de Trinidad, de Tobago, de la Margarita*, etc. Londres 1828.

Aristides Rojas, en sus preciosas *Leyendas históricas*, bajo el nombre de *Siluetas de la guerra a muerte*, ha descrito aquellas orgías de sangre humana, ofrecidas como por espectros del Averno, arpías en forma humana, contubernios del chacal y de la hiena. Es un cuadro ciertamente único en la historia, por el refinamiento de la crueldad, el número de las víctimas y la duración de la tragedia. Allí la mutilación, la tortura, el látigo, la soga, el hierro candente, los atroces sacrificios en masa, dictados por la venganza; las bacanales, las lágrimas, la algazara soldadesca; los cadáveres desollados en las calles de las aldeas, a la orilla de los ríos, en los valles solitarios; los ayes lastimeros, el hambre, la sed, el crimen con todos sus horrores y voluptuosidades. Y sobre las ruinas, y en medio del humo de los incendios, los caballos manchados de sangre que conducen a los demonios del cuchillo: Boves, Antoñanzas, que hacía andar con los pies desollados sobre arenas de fuego, Ceballos, Dato, Fierro, Gabazo, Monteverde, Morales, Moxó, Rosete, «el degollador», Zuazola, «el desorejador», Tíscar, Cerberis, «el flagelador», Urbietta, Náñez, Quijada, González, «el descuartizador», Pascual Martínez, Aldama, etc.

Suponed, después de tan horribles escenas—habla el venerable Aristides Rojas, cuyas excelsas virtudes perpetúa el mármol en el patio principal del Palacio de las Academias de Caracas,—suponed, después de tan horribles escenas, abierto el templo del Señor y a los victimarios que lo llenan. Adentro está el sacerdote que celebra el triunfo de los ejércitos españoles; pero afuera están la orfandad, los mutilados, las cenizas aún ardientes, y las madres escapadas de la muerte que elevan sus plegarias al Dios de las misericordias».... (1).

CORNELIO HISPANO.

1916.

(1) *Leyendas históricas*. Primera serie, página 61. Cf. el reciente estudio del doctor Lisandro Alvarado: *Los delitos políticos en la historia de Venezuela. El Cojo Ilustrado*. Caracas. 1908. Números 65, 78 y 166.

CRONICA QUINCENAL DE LA GUERRA

LOS GASES ASFIXIANTES

HOY, cuando el empleo de gases asfixiantes toma cuerpo nuevamente en los ataques a Verdun, creemos que interesarán a los lectores de REVISTA MODERNA algunas generalidades sobre tan nuevo sistema de destrucción.

El 22 de abril de 1915, hicieron uso por primera vez los alemanes de gases asfixiantes en la furiosa batalla que se libró ese día en los alrededores de Ypres. Se recordará que debido a tal procedimiento las tropas inglesas y francesas se vieron obligadas a retroceder, lo cual no impidió que después volviesen a la carga y recuperasen el terreno perdido. El éxito momentáneo obtenido por el estado mayor alemán con semejante método, lo decidió a generalizar su empleo, y la asfixia como procedimiento de guerra ha hecho su aparición en numerosos campos de batalla, tales como Galicia, Polonia y Francia.

El uso de estas substancias es violatorio del artículo 23 de la Convención de la Haya, desde luego que en él se prohíbe a los beligerantes el empleo de venenos y armas envenenadas, lo mismo que el de cualquier proyectil o material de guerra que produzca sufrimientos inútiles. Un anexo de la Convención declara que las potencias contratantes se abstendrán de usar proyectiles cuyo objeto sea la difusión de gases asfixiantes o deletéreos. Al pie de estas cláusulas aparece la firma de Alemania.

Si el resultado que se buscaba al emplear estas substancias era el de aumentar las probabilidades de éxito favorable, no ha sido así en la práctica, pues los gases usados por los teutones fueron desde un principio conocidos

por los aliados, quienes lograron prevenir sus efectos. Al día siguiente de la batalla de Ypres, los gobiernos francés e inglés enviaron al frente a algunos de sus químicos más notables para estudiar tan criminal método de guerra, método que por otra parte, según datos fidedignos, había sido estudiado de tiempo atrás en los laboratorios del otro lado del Rhin.

Según las observaciones de los técnicos franceses e ingleses, los alemanes emplean de acuerdo con las exigencias del momento y la provisión que tengan de materias primas, cloro, bromo, anhídrico sulfuroso, peróxido de ázoe y óxido de carbono, pero el consumo más abundante parece ser el del cloro. Se le reconoce por el color amarillo verdoso del gas, por su olor penetrante y por su mucha densidad que le hace correr lentamente sobre el suelo antes de evaporarse en la masa aérea. El malestar sintomático experimentado por las víctimas, es semejante al observado en los obreros envenenados accidentalmente en las fábricas por las emanaciones del cloro: aturdimiento, viva irritación de las membranas mucosas, bronquitis aguda con edema de los pulmones, tos persistente y esputo de sangre. La muerte, más o menos rápida, se determina por la suspensión del funcionamiento del aparato respiratorio.

Para que el cloro produzca efecto mortífero, es preciso que el gas conserve cierto grado de concentración en el momento en que alcanza al adversario; lo cual deja comprender que si se puede utilizar en la guerra de trincheras, donde la poca distancia entre los enemigos le es favorable, no sucede igual cosa en la guerra de movimiento, en campo raso; toda vez que el cloro se hace mortal cuando la cantidad de gas esparcido en el aire está en la proporción de 1 a 1.000. Aún en la proporción de 1 a 100.000, presentaría peligro para los que estuviesen expuestos largo tiempo a su acción; pero esto no es posible porque no

puede guardar sino muy corto espacio y en condiciones atmosféricas especialísimas el grado de concentración necesario.

Una brisa muy fuerte dispersaría al punto los vapores asfixiantes. Un cambio brusco en la dirección del viento los lanzaría sobre los mismos que pensaban utilizarlos. Tanto es así, que alguna vez las emanaciones del cloro sólo hicieron víctimas entre los soldados del Kaiser.

El aprovechamiento de gases tóxicos en la guerra fue estudiado en 1909. Desde entonces se han hecho numerosos experimentos que han dado por resultado diversos procedimientos, de los que el más sencillo consiste en alumbrar frente a las trincheras fuegos en que se quema azufre o un producto derivado del formol. En el primer caso, se produce anhídrico sulfuroso; en el segundo, formol en el estado gaseoso, cuyos efectos son semejantes a los del cloro.

Pero el procedimiento más práctico, el que los alemanes han usado con mayor frecuencia, consiste en el empleo de recipientes metálicos que dejan escapar el gas tóxico y que se colocan en las trincheras transformadas así en laboratorios.

El aparato, de fácil construcción, se compone de un depósito cilíndrico de acero, de 0 m. 25 de diámetro, cuya altura puede ser de 1 m. 25. En la base de este depósito se adapta un tubo de metal de 2 metros de largo, que se cierra y abre por medio de una llave y por el cual se escapan los gases con violencia. El depósito está unido por un tubo de codo a otro cilindro destinado a reglamentar la salida del líquido o del gas bajo presión. Este aparato se simplifica si se emplea cloro líquido. Basta entonces llenar el depósito, que a toda carga da un peso de cerca de 60 kilogramos, y colocarlo dentro de la trinchera, contra la pared fronteriza al enemigo, cuidando de que el orificio del tubo de escape quede li-

geramente elevado sobre el nivel del suelo. Se abre la llave, la masa gaseosa se desprende y forma sobre el terreno una capa espesa hasta que el viento la arroja hacia el sitio ocupado por las tropas que se trata de atacar. Se necesitan 600 gramos de cloro para producir 200 de gas, cantidad que corresponde a un metro de frente.

Además del procedimiento descrito, se pueden lanzar a los trincheras enemigas, a corta distancia, globos de vidrio que contienen el gas líquido.

También se puede depositar determinada cantidad de veneno líquido en los obuses, cuya explosión tiene entonces doble acción, tanto por los efluvios envenenados esparcidos en todas direcciones, cuanto por los vapores mortales que desprenden. De esta suerte, el tubo del cañón alemán de 77 que lanza los obuses, contiene la cantidad necesaria de tolita para provocar la explosión y a la vez recibe la dosis requerida de materias tóxicas.

Para la guerra naval también han experimentado los alemanes desde 1910 un aparato de tal especie que rechace de las costas, bajo una nube de humos asfixiantes, las tropas que una armada enemiga pretenda desembarcar.

Este aparato se compone de un depósito de grandes dimensiones destinado a contener los líquidos cuya mezcla producirá el veneno gaseoso. Al depósito se conecta un tubo que proviene de un recipiente más pequeño con ácido carbónico en presión. A la pared del depósito, cerca del fondo, se adapta un largo tubo de codo, por el cual deben escaparse los gases deletéreos. Debe anotarse que el aparato es invisible, pues los dos recipientes están ocultos bajo tierra en lugar convenientemente escogido, y el tubo está también sumergido casi por completo, sobresaliendo su extremidad de la superficie del agua apenas dos o cuatro centímetros.

Las tropas alemanas usan también del fósforo blanco para cargar sus obuses. Como se sabe, el fósforo, en

el estado cristalino, o fósforo blanco, es uno de los venenos más violentos y mortales que se conocen.

Al principiar la guerra los químicos alemanes, para procurar al ejército obuses luminosos, hicieron experimentos con ingredientes inofensivos. Pero luégo los expertos se declararon en favor de una mezcla, en proporción muy peligrosa, de fósforo cristalizado con fósforo amorfo. Parece que tal decisión obedeció al hecho de que la acción del fósforo sobre el organismo suele confundirse con los síntomas normales de las heridas, y aun pasar inadvertida.

Y hé aquí como la química, a la cual tánto debe el progreso de la industria moderna, ha venido, en la guerra actual, a ponerse de manera nueva e imprevista al servicio de la destrucción y de la muerte.

RUIZ DAEL.

Abril 15, 1916.

REVISTA POLITICA

LEEMOS en la prensa diaria: «Por reciente decreto fue nombrado en propiedad Ministro de Guerra el General Salvador Franco. Del Ministerio del Tesoro fue encargado, por el mismo decreto, don Pedro Blanco Soto, Subsecretario del Ramo».

Así terminó la crisis ministerial. Tras largos días de meditación se resolvió simplificar el problema y acabar por donde podía haberse comenzado.

Esto nos recuerda lo que se cuenta de aquel bardo que, gustando más del reposo de su diván que del enfadoso comercio con las musas cuando tarda la inspiración en venir, en vano se trituraba el cerebro buscando un consonante original para cierta oda que habría de dedicar a

una su prima a quien amaba. Tras largo cavilar y trasegar con el Diccionario de la rima, se dijo: «Empiezo a dudar de que el trabajo que me tomo guarde relación con el fin que me propongo; de donde deduzco que es prudente, en vez de dirigirme a ella en verso, hacerlo en prosa y de palabra, ya que mi prima habita conmigo bajo el mismo techo y es mi vecina de mesa».

Y el indolente bardo extendió hacia la llama del candil el impertinente borrador, y resolvió con un largo bostezo su problema.

*
* *

Fresca está la tinta con que la prensa nacional ha dado cuenta del incidente Ortiz-Barrios Bosch. Hé aquí la relación de los hechos:

El General Ortiz, Jefe militar de la frontera con Venezuela, dictó con fecha 5 de abril una resolución por la cual se confina al pueblo de San Pedro al Director del periódico *Sagitario*, señor Pedro Barrios Bosch. El General Ortiz explica su orden de confinamiento en el hecho, según él, de haber nacido el señor Barrios Bosch en territorio venezolano, de ser considerado por las autoridades venezolanas como asilado—lo que comprueba con atestación del Presidente del Estado del Táchira—de haberse ocupado activamente de política venezolana desde las columnas de *La Unión y Sagitario*, periódicos redactados en territorio colombiano, y alega la necesidad de cumplir con el artículo 3.º de la Ley 22 de 1871, sobre Policía de Fronteras, y con los deberes que impone la neutralidad.

Si se hallase demostrado plenamente que el señor Barrios Bosch es ciudadano venezolano y de que como periodista sólo se ha ocupado de política venezolana, sin tratar de la de Colombia, y de atacar al gobierno de aquel país, nada tendríamos que objetar a la mencionada orden de confinamiento.

Pero es el caso que respetable grupo de periodistas y caballeros cucuteños afirman que el señor Barrios Bosch es ciudadano colombiano, nacido en Cúcuta, que «el proceder adoptado ha sorprendido en momentos en que los periodistas cuentan con garantías» y que la orden de confinamiento es disimulado castigo de los ataques inferidos por el periodista a los gobiernos departamental y nacional colombianos. Al mismo tiempo que la prensa de Cúcuta hace tales declaraciones, buena parte de la de Bogotá protesta contra lo que califica de atropello y declara que el señor Barrios Bosch, como periodista, tenía derecho a que se le juzgara conforme a la ley vigente en materia de prensa.

Se hallaba sin fallar el litigio entre la autoridad y la prensa, cuando se recibió la noticia de que el jefe de la frontera había revocado su resolución. Esto hace pensar en que la providencia de confinamiento pecó por ligereza; mas si así no fuere y ella fuese fundada, como en repetidos telegramas lo ha afirmado aquel funcionario, la revocatoria implica reconocida debilidad.

Sea de ello lo que fuere, el caso Barrios Bosch ha alarmado con justicia a la prensa, que en él ve planteado serio problema relacionado con la libertad que la ley le reconoce y las prerrogativas y los fueros que van estrechamente vinculados a la tranquilidad pública y al respeto de las instituciones.

LA DIRECCIÓN.

Abril 15, 1916.

Notas.

Oficina de Información.

El comercio de Bogotá se ha dirigido al señor Ministro de Agricultura y Comercio en el sentido de coadyuvar a la feliz idea de este funcionario de gestionar la fundación, en una capital europea o americana, de una oficina-muestrario en donde se exhiban, para conocimiento del público extranjero, nuestros productos naturales y manufacturados.

La oficina servirá, además, de centro de propaganda nacional y de información adonde podrán dirigirse todos los interesados, tanto nacionales como extranjeros, que deseen obtener gratis los informes relacionados con sus respectivas negociaciones.

Vivamente deseamos que el señor Ministro logre llevar a la práctica tan benéfica y patriótica idea, con lo cual habrá prestado al país señalado servicio. Tarda Colombia en seguir el ejemplo de otras naciones suramericanas que poseen en el exterior oficinas de información, derivando de ello grandes ventajas.



Exportación de pieles.

Ultimamente se han dictado en los Estados Unidos disposiciones tendientes a impedir la entrada de pieles que puedan ser vehículos de enfermedades contagiosas para la ganadería. Por resolución del Ministerio de Agricultura se admiten los cueros que llenen los siguientes requisitos:

1.º Inmersión durante cuarenta y ocho horas en una solución de 20 por 100 de cloruro de sodio y 20 por 100 de ácido clorhídrico;

2.º Inmersión por veinticuatro horas en una solución de 1 por 100 de ácido fórmico y 1 por 100 de bicloruro de mercurio;

3.º Inmersión por cuatro horas en una solución de cloruro de sodio y 1 por 100 de bicloruro de mercurio; y

4.º Certificado del Cónsul americano de que no existe carbón ni fiebre aftosa en la región de donde provienen los cueros.

Estas condiciones no son únicamente para los cueros de Colombia, sino también para todos los demás países exportadores.

Ferrocarril del Nordeste.

El costo de esta importante obra ha sido calculado en seis millones de pesos y el trayecto será de 400 kilómetros, distribuido así:

Bogotá a la frontera de Boyacá.....	Kls. 126
Ramal de Guatavita hacia el río Guavio.....	30
De la frontera de Cundinamarca a Tunja.....	63
De Tunja a Duitama.....	55
De Duitama a Sogamoso.....	18
Ramal de Tunja a Monquirá.....	50
Ramal de Tunja a Chiquinquirá.....	58
Total.....	400

La región que recorrerá el ferrocarril es quizá la más densamente poblada del país: de acuerdo con el censo de 1912 cuenta con 1.500.000 habitantes.

Nueva línea de tranvías.

El arreglo celebrado con la Gobernación, por los señores Olarte Camacho y Páez, para la construcción de un ramal de tranvías que conduzca a Yo-

masa y Tunjuelo, arrancando del puente Núñez, ha sido recibido por el público con marcadas señales de interés. La nueva vía está llamada a satisfacer una urgente necesidad como es el facilitar el tráfico por la carrera 13, que es una de las arterias más importantes y eje indicado de la parte sudoeste de la ciudad.

BIBLIOGRAFIA

El Ideal Político del Libertador Simón Bolívar, por J. D. Monsalve. Obra laureada con el gran premio en la Academia de Historia Nacional. (Bogotá. Imprenta Nacional. 1916).

Un estudio sobre el ideal político que germinó y creció en la mente del Libertador, puesta la obra en relación con las actuales condiciones étnicas, locales y religiosas de Colombia; tal fue el problema de crítica histórica abordado por el autor en estas páginas, que han merecido una de las más honrosas distinciones que una Academia puede conferir. Brilla en ellas el alto interés del asunto, la admiración por el héroe, la discriminación de valores, y a ellas habrá de recurrir quien quiera orientarse, con economía de labor y de tiempo, a través de la copiosa y dispersa documentación que es preciso recorrer para apreciar los complejos factores que influyeron en la Guerra de Emancipación y fundación de la República.

Era de rigor que, como punto saliente de la obra, se tratara la cuestión de las tendencias monárquicas en Bolívar, y el autor contribuye a ilustrar un asunto sobre el cual las opiniones distan de hallarse acordes, asunto recientemente removido con la publicación hecha en Europa por un historiador venezolano, don Carlos Villanueva, y titulada *La monarquía en América*, en que se afirma la teoría de que el Libertador no era adverso a la idea monárquica.

Sea como fuere, del hermoso trabajo del señor Monsalve se desprende una lección que debiera incrustarse a golpes de martillo en la cabeza de los políticos suramericanos: sin guerras civiles, primero, sin palabrería estéril, después, los países que se llamaron la Gran Colombia pudieran superar hoy a los Estados Unidos en riqueza, población y progreso.